

¿CÓMO PUEDE LA IGLESIA DEL NAZARENO LLEVAR A CABO LA MISIÓN DE DIOS (*MISSIO DEI*)?

Hugo R. Alvarado

Pastor, Central District, Guatemala; Professor, Mariano Gálvez University

La misión de Dios, conocida como *missio Dei*, constituye el cimiento ontológico y teleológico de la Iglesia del Nazareno en el mundo, pues devela que toda comunidad cristiana está convocada a participar activamente en la obra redentora de Dios desde la creación hasta su consumación. Legítima e históricamente, la Iglesia del Nazareno nace a comienzos del siglo XX como un movimiento de santidad inspirado en la tradición wesleyana, que no solo enfatiza la experiencia de la santidad personal, sino su implicación en la transformación social, cultural, y educativa de las comunidades donde se inserta. Teológicamente, autores como David Bosch (1991), Orlando Costas (1982), y José Míguez Bonino (1975) coinciden en que la misión es inseparable de la identidad de la iglesia, ya que ser cristiano implica ser “enviado” a reconciliar, servir, y anunciar el Reino de Dios. Eclesiológicamente, la Iglesia del Nazareno combina estructuras organizativas con autonomía local, permitiendo que las congregaciones adapten la misión a su contexto sin perder con ello coherencia doctrinal ni espiritual.

La eclesiología y la misión son dos dimensiones inseparables en la reflexión teológica contemporánea. Según David Bosch (Óp. cit), la iglesia no existe para sí misma, sino que su identidad se constituye en la misión de Dios, siendo “un símbolo y herramienta del Reino.” Esto significa que cualquier modelo eclesial que no esté orientado hacia la misión pierde su razón de ser. En el caso de la Iglesia del Nazareno, su historia confirma esta verdad, ya que nació como un movimiento de santidad que buscaba encarnar el evangelio en contextos concretos de necesidad social y espiritual. Orlando Costas (1982) señala que la iglesia debe comprenderse como “comunidad de testimonio” antes que, como institución de poder, porque solo desde allí puede anunciar el Reino con credibilidad. Eclesiológicamente, entonces, la misión implica revisar estructuras, modelos de liderazgo y prácticas pastorales que fortalezcan, en lugar de obstaculizar, la proclamación y la acción misionera. Desde la vista de la santidad, vivir la eclesiología misional significa que la iglesia no se encierra en sí misma, sino que se abre y se desborda en amor hacia el prójimo, manifestando el fruto del Espíritu en obras.

En términos de la economía de la santidad, la *missio Dei* induce a la Iglesia del Nazareno a ser un testimonio vivo del Reino de Dios. En donde la santidad personal y comunitaria se convierte en motor de la misión, solo una comunidad transformada por la gracia puede ofrecer un mensaje innovado y recontextualizado y creíble de reconciliación y esperanza. Según Wright (2006), la misión que emana de la santidad busca la transformación de todas las dimensiones de la vida humana espiritual, social y ética, y se refleja en obras de compasión, justicia y cuidado de la creación. Para la Iglesia del Nazareno, este enfoque se traduce en ministerios que no separan evangelización y acción social, sino que los integran como expresión de la fidelidad a Dios y su llamado a transformar el mundo. Concretamente de justicia, compasión, y reconciliación.

Por eso, para la Iglesia del Nazareno ser una iglesia misional le implica vivir en constante obediencia al envío de Dios, actuando como fermento del Reino en todos los contextos. La santidad capacita a sus miembros para esta tarea, pero la contextualización le asegura que su mensaje sea pertinente, comprensible y relevante en cada cultura, lenguaje y entorno. La Iglesia del Nazareno, al repensar su misión en el siglo XXI, reconoce la necesidad de inculturar la fe en

el marco de sociedades tecnológicas, científicas, y pluriculturales, manteniendo la esencia de su identidad y su compromiso con la *missio Dei*. Como señala Costas (1982), la misión no es un proyecto temporal, sino un mandato ontológico y teleológico: la iglesia está para expandir el Reino de Dios, siendo sal de la tierra y luz del mundo (Mateo 5:13-16).

Desde la eclesiología, misión, y expansión, la eclesiología de la Iglesia del Nazareno no puede ser entendida fuera de la misión. John Stott (2008) subraya que una iglesia cristiana auténtica existe para cumplir la misión de Dios, y su estructura, disciplina y programas deben ser herramientas para ello, no fines en sí mismos. En la práctica, la Iglesia del Nazareno ha desarrollado un modelo eclesiológico que combina liderazgo centralizado con autonomía regional, lo que le permite adaptarse a contextos culturales diversos. Históricamente, esta flexibilidad se evidenció en su expansión a América Latina, África y Asia, donde las iglesias locales asumieron liderazgo pastoral y ministerial sin perder la conexión con los valores fundacionales de santidad y evangelización. Teológicamente, esto refleja la noción de Bosch (Óp. cit.) de la iglesia como “comunidad enviada”, cuya identidad se define en la obediencia al mandato misionero de Cristo. Desde la perspectiva de la santidad, la eclesiología misional exige que los líderes y miembros vivan una vida transformada, reflejando coherencia entre la fe, la conducta y el servicio social, lo que fortalece la credibilidad del testimonio cristiano en el mundo contemporáneo.

Un aspecto central de la *missio Dei* en el siglo XXI es la inclusión de las voces que históricamente han sido apagadas o marginadas en la vida eclesial: niños, jóvenes, mujeres, y comunidades en condición de vulnerabilidad. José Míguez Bonino (1975) subraya que la misión cristiana solo es auténtica cuando integra a los oprimidos como sujetos y no como objetos de evangelización, porque en ellos también se manifiesta la gracia de Dios. Orlando Costas (Óp. cit.) complementa esta idea al decir que la misión debe ser liberadora, considerando la experiencia y el testimonio de quienes sufren exclusión.

Para la Iglesia del Nazareno, escuchar estas voces es fundamental, ya que el propio *Manual* doctrinal afirma que “la santidad social” se expresa en la defensa de la dignidad de todas las personas. Eclesiológicamente, esto significa abrir espacios de participación en los ministerios y en los procesos de toma de decisiones, de modo que la comunidad refleje la multiforme sabiduría de Dios (Ef. 3:10). En términos de santidad, dar voz a los marginados es vivir el amor perfecto que busca justicia y reconciliación. Así, una iglesia verdaderamente misional se deja interpelar por estas voces, reconociendo que ellas engrandecen su testimonio y extienden su razón del Reino.

Los valores esenciales de la Iglesia del Nazareno que son la santidad, evangelización, compasión y discipulado, constituyen la base de su misión. En este sentido, David Bosch (Óp. cit.) subraya que la misión no es una actividad limítrofe, sino el núcleo de la identidad cristiana. Orlando Costas (1982) complementa esta visión al destacar que la fidelidad a Cristo exige una iglesia “enviada” que responda con valentía a las parvedades de este mundo. Eclesiológicamente, los valores nazarenos delinean un camino de coherencia: vivir en santidad, proclamar la buena noticia y acompañar a los vulnerables. Estos principios no son metafísicos, sino que se encarnan en la práctica comunitaria, donde cada creyente es llamado a reflejar el carácter de Cristo. La santidad, entendida como amor auténtico, cimienta una forma o manera de vida que se divorcia de la apatía, de la indolencia y se compromete con la justicia y la compasión.

La misión nazarena a nivel global, ha mostrado a lo largo de su historia la necesidad de contextualizar el evangelio en el tiempo y espacio. Según Samuel Escobar (2003), el desafío de la iglesia misionera es “encarnar el evangelio” en cada cultura sin perder la esencia del mensaje. En este sentido, la Iglesia del Nazareno ha procurado ser sensitiva a las situaciones locales, llevando el mensaje de santidad a disímiles escenarios sociales. Míguez Bonino (1975) advierte que la contextualización no significa adaptación acrítica, sino discernir lo que en cada cultura debe ser transformado por el evangelio. Eclesiológicamente, este principio exige comunidades nazarenas abiertas al diálogo cultural y capacitadas para dar respuestas concretas a las dificultades de su tiempo. Desde la santidad, contextualizar significa traducir la fe en prácticas cotidianas de servicio, hospitalidad, y reconciliación, evadiendo atribuir un modelo uniforme y reconociendo la heterogeneidad de los pueblos.

Felizmente, la memoria histórica en la Iglesia del Nazareno es un recurso espiritual y teológico que le permite conservar su identidad. Bosch (1991) recuerda que toda iglesia necesita releer su historia para discernir los aciertos y errores que iluminan la misión presente. Se puede leer en el curso de la historia que, la tradición nazarena, desde su origen en los movimientos de santidad del siglo XIX, ha mantenido un fuerte compromiso con los marginados, algo que Orlando Costas ya citado, denomina “la misión desde la periferia.” Recordar esta trayectoria no es un ejercicio nostálgico, sino un acto eclesiológico que vitaliza la misión y renueva el llamado a la santidad social. Este recordar es también pedagógico, pues constantemente recuerda a las nuevas generaciones que la iglesia es heredera de un testimonio vivo que debe encarnarse hoy en compromiso con los pobres y en la búsqueda de justicia.

La globalización plantea desafíos inéditos para la misión de la iglesia contemporánea. Samuel Escobar (2003) afirma que el evangelio debe ser proclamado en un mundo interconectado, pero profundamente desigual. Para la Iglesia del Nazareno, la globalización exige un testimonio que combine lo local y lo global: una identidad unificada en la santidad, pero expresada de manera contextual en cada región. Míguez Bonino (1993) recuerda que la misión debe confrontar las estructuras de injusticia globalizadas, proponiendo alternativas de vida en comunidad y solidaridad. Eclesiológicamente, esto implica que la iglesia no se limite solo a reproducir modelos occidentales, sino que oiga las voces del Sur global, donde el evangelio cobra nuevas expresiones. Desde la perspectiva de la santidad, la globalización debe ser ocasión para fortalecer la fraternidad cristiana y para manifestar la compasión de Cristo a escala mundial, sin perder la cercanía con el prójimo contiguo.

Se evalúa que, la educación ha sido una columna en la misión de la Iglesia del Nazareno. Desde la creación de escuelas, universidades y programas de formación ministerial, la educación se ha entendido como parte de la santidad práctica. Bosch (1991) afirma que la enseñanza es una expresión esencial de la misión porque transmite valores y moldea discipulado. Orlando Costas (Óp. cit.) sostiene que una iglesia verdaderamente misionera forma sujetos críticos, capaces de leer la realidad desde la fe. Eclesiológicamente, la educación es un escenario desde donde se construye la comunidad, se transmiten tradiciones, y se impulsa la participación activa de todos los creyentes. En la perspectiva de la santidad, la educación nazarena busca la metempsícosis integral de la persona, abarcando no solo lo espiritual, sino así mismo lo moral y lo social, con el propósito de que cada creyente viva en conexión con el evangelio del Reino.

Un valor importante a resaltar es que la educación en la Iglesia del Nazareno es una herramienta de misión. La educación en la Iglesia del Nazareno no es solo instrucción académica, sino formación integral para la vida cristiana y la misión. Bosch (1991) argumenta

que la educación es un medio esencial para prolongar la obra de Dios en la historia, porque prepara discípulos capaces de discernir y actuar en contextos complejos.

La iglesia ha fundado universidades y escuelas que combinan excelencia académica con formación espiritual, lo que permite preparar pastores y líderes laicos con una visión misionera global. Escobar (2002) resalta que esta educación contextualizada permite a los líderes interpretar la realidad cultural desde la perspectiva del evangelio. Eclesiológicamente, estas instituciones son extensiones de la misión de la iglesia y refuerzan su identidad misional. Desde la santidad, la educación conlleva principios éticos y espirituales que convierten al individuo y su entorno, garantizando que el testimonio de la iglesia sea afín y selecto en sociedades actuales.

Pero, también se debe hacer notar que, aún en espacios como América Latina y África, quedan voces subrepresentadas en esa misión: y son niños, jóvenes, mujeres, y excluidos. No se debe olvidar que incorporar esas voces históricamente rechazadas es un paso importante para una misión integral. Samuel Escobar (Óp. cit.) señala que la misión auténtica incluye la participación activa de los pobres y excluidos, reconociéndolos como sujetos y no como objetos de evangelización. Para la Iglesia del Nazareno, esto implica capacitar a mujeres en liderazgo pastoral, escuchar atentamente a los jóvenes en disposiciones valiosas y acompañar a los niños y adolescentes en su formación espiritual.

Además, en contextos donde hay minorías raciales o colectivos marginados, es vital tomaren cuenta su cosmovisión y práctica de vida en los programas de evangelización y educación. Orlando Costas ya citado enfatiza que la misión liberadora transforma tanto a la comunidad que recibe el mensaje como a quienes lo proclaman. Eclesiológicamente, abrir espacios inclusivos fortalece la cohesión y legitimidad de la iglesia; desde la santidad, refleja la acción de Dios que busca justicia, igualdad y reconciliación. La participación activa de esos grupos consiente que la Iglesia del Nazareno encarne la multiforme sabiduría de Dios (Efesios 3:10), mostrando un testimonio más fiel a la *missio Dei*.

El historial de la Iglesia del Nazareno muestra un compromiso consistente con la misión global y local. Desde sus inicios en 1908, la denominación desarrolló ministerios de educación, hospitales y obras de compasión en Estados Unidos y posteriormente en América Latina, África y Asia. Según Escobar (1999), estos proyectos representan una concreción de la teología de la santidad aplicada a la vida social.

En América Latina, se subrayan las iniciativas de formación pastoral, donde la iglesia estableció seminarios regionales que hoy producen líderes capacitados para contextos multiculturales. En África, los programas de salud y alfabetización muestran cómo la misión va más allá de la proclamación verbal del evangelio, integrando progreso total. Teológicamente, estos ejemplos reflejan la visión de Bonino (Óp. cit.), quien sostiene que la misión no puede reducirse a la evangelización, sino que debe abarcar transformación social y justicia. Eclesiológicamente, estos proyectos consolidan la presencia local y refuerzan la identidad de la iglesia como comunidad enviada, donde la santidad se vive activamente en el servicio a los demás.

Así, la santidad, hermenéuticamente entendida y exegéticamente explicada como amor práctico y obediencia a Dios, impulsa a los miembros de la iglesia a ser evidencia viva del evangelio, integrando en su praxis la evangelización, justicia social, educación y compasión como un enfoque holístico de la misión. Este modelo de iglesia misional exige además

contextualización: pues inculturar la fe en cada sociedad, exige respetar lenguajes, valores, y desafíos contemporáneos, incluyendo la tecnología, la ciencia, y la diversidad cultural.

La historia de la iglesia Nazarena muestra un compromiso constante con la formación de líderes, la inclusión de niños, jóvenes, mujeres, y grupos marginados y la acción social transformadora, confirmando que la misión es global y local a la vez. La *missio Dei* no es un proyecto humano, sino la participación en la obra de Dios que envía a la iglesia a ser sal y luz, fomentando reconciliación, esperanza y justicia. Así, esta reflexión buscó responder a la pregunta central: ¿cómo puede la Iglesia del Nazareno llevar a cabo la misión de Dios, integrando santidad, evangelización y acción contextualizada en el siglo XXI, manteniendo fidelidad a su historia y relevancia en un mundo diverso y globalizado?

Como síntesis conclusiva, se puede decir fehacientemente que, la Iglesia del Nazareno puede llevar a cabo la misión de Dios al integrar de manera equitativa los fundamentos históricos, teológicos, eclesiológicos, y de santidad en todas sus prácticas. La comprensión de la *missio Dei* como mandato divino que abarca evangelización, justicia, educación, y transformación social permite que la iglesia actúe con coherencia y relevancia global.

La contextualización de la misión, la inclusión de voces marginadas, la educación integral y el fortalecimiento de estructuras eclesiológicas flexibles son elementos esenciales para cumplir este llamado. Teólogos como Bosch, Costas, Míguez Bonino y Escobar proveen herramientas conceptuales que iluminan la relación entre santidad y misión, mostrando que una vida transformada por la gracia de Dios se traduce en acción concreta en el mundo.

La Iglesia del Nazareno, al asumir esa responsabilidad, no solo preserva su identidad histórica y doctrinal, sino que también encarna el Reino de Dios en contextos diversos, cumpliendo con fidelidad la misión que le fue encomendada desde su origen.

Bibliografía

- Bosch, D. J. (1991). *Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission*. Maryknoll, NY: Orbis Books.
- Costas, O. (1982). *Christ Outside the Gate: Mission Beyond Christendom*. Maryknoll, NY: Orbis Books.
- Escobar, S. (2003). *Una Nueva Visión Misionera*. Buenos Aires: Kairós.
- Escobar, S. (1999). *The New Global Mission: The Gospel from Everywhere to Everyone*. Downers Grove: InterVarsity Press.
- Míguez Bonino, J. (1975). *Doing Theology in a Revolutionary Situation*. Philadelphia: Fortress Press.
- Stott, J. (2008). *The Living Church: Convictions of a Lifelong Pastor*. Downers Grove: InterVarsity Press.
- Wright, C. J. H. (2006). *The Mission of God: Unlocking the Bible's Grand Narrative*. Downers Grove: IVP Academic.